

santificación de las familias cristianas por la lectura de este libro, que no debiera faltar en ninguna de ellas". Debo añadir mis votos y deseos de que no falte en biblioteca alguna bíblica sacerdotal como modelo de adaptación y acomodación del texto sagrado a su exposición en el púlpito y en libros de propaganda vulgarizadora. El pasado mes de octubre, en un artículo interesante acerca de los Santos Angeles, publicado en la piadosa y bien acreditada revista *El mensajero del Corazón de Jesús*, su digno director, el R. P. José Julio Martínez, recomendaba (y con razón) el libro de Tobit, leído en su propio texto. Quienes no puedan contar con una Biblia en español, y quienes pudiendo contar con ella desean un conocimiento más extenso y profundo del libro de Tobit, tienen en la obra del Dr. Herranz el texto completo y un comentario más que suficiente para conocer las enseñanzas religiosas variadísimas, encerradas en el libro, que, si con razón, es llamado *El libro de la familia cristiana*, puede también llamarse, con no menor razón, *Compendio de angelología* y rico tesoro de consejos y ejemplos de omnímoda y omnígena perfección moral.

R. GALDOS, S. J.

P. JUAN LEAL, S. J.: *El valor histórico de los Evangelios*. Facultad Teológica S. J. Apartado 32. Granada.

Conocidas son las palabras de monseñor Bougaud en su obra *El cristianismo y los tiempos presentes*, citadas por el Padre Leal en la página 34 de su libro: "Si en esas cuatro memorias no se tratase... más que de hechos ordinarios, aun cuando fuesen muy numerosos, no se habría nunca discutido su valor histórico, como no se discute el valor de los comentarios de César o de las Memorias de Joinville. Pero trátase aquí del más grande de los acontecimientos, de un personaje que no se impone solamente a nuestra atención, sino que pide nuestra fe y la adoración y el culto de la Humanidad."

No es extraño, pues, que en torno a los libros evangélicos se hayan levantado en el curso de la historia, y sobre todo en el último siglo, todos los malos instintos.

Siempre es interesante y necesario conocer a fondo y científicamente, bajo la cuádruple forma que le dan los evangelistas, el libro que nos conserva la figura inimitable de Jesucristo.

Siempre es necesario, y ahora más que nunca, que los católicos, sobre todo las clases directoras, conozcan de una manera científica las fuentes históricas en que se apoyan nuestra Religión, nuestro Dogma y nuestra Moral.

El Padre Leal, Catedrático de Sagrada Escritura en la Facultad Teológica de Granada, ha llenado esta necesidad actual. En su libro sobre *El valor histórico de los Evangelios* pueden aprender todos los que se precien de ser católicos conscientes, de una manera segura e irrefutable, los fundamentos incommovibles en que se basa la verdad de nuestra fe.

Procede el Padre Leal en su estudio con un método rigurosamente científico como él mismo afirma en su prólogo. Es su libro la reproducción exacta de unos cursillos celebrados por los profesores de la Facultad Teológica de Granada al inaugurar su Centro de Cultura Religiosa Superior en dicha ciudad. Es un libro de divulgación, pero de alta divulgación religiosa. Así lo dice también el mismo P. Leal en el prólogo y así tenía que ser tenido en cuenta el nivel intelectual y cultural de sus oyentes.

En ocho lecciones divide su trabajo. Después de unas nociones preliminares en la lección primera sobre el estudio crítico-histórico de los Evangelios, empieza en la lección segunda con las pruebas documentales sobre la autenticidad de los cuatro Evangelios hasta la lección séptima.

En los testimonios que aduce sigue un orden descendente, como ocurre en obras similares. Arranca como punto de partida del siglo IV, hasta llegar a los escritos apostólicos. Desde el siglo IV hasta el XIX no surgen dudas acerca de la autenticidad.

En este estudio, que de suyo es árido, ha logrado el Padre Leal con sus notas biográficas que preceden a todo testimonio, hacerlo más ameno e interesante. El marco histórico y geográfico reanima al personaje. Analiza primero el testimonio de los que pudiéramos llamar amigos de Jesús, y después el de los enemigos: herejes, paganos..., y últimamente, en la lección sexta, recurre al testimonio de los mismos textos del Evangelio o a lo que suele decirse examen interno.

Con una precisión y justeza verdaderamente técnica estudia el testimonio de Papias, distinguiendo en él lo que es meramente discutible de lo que es cierto y admitido por todos.

En la lección séptima prueba la genuinidad del texto evangélico. No fueron adulterados los Evangelios en el curso de los siglos, ni pudieron serlo. Han llegado a nosotros en toda su integridad y plenitud por una triple serie de documentos antiguos. "Directamente y por entero, en los códices (y papiros, casi siempre fragmentariamente). Indirectamente, y también por entero, en las versiones y traducciones. Indirectamente también, pero parcialmente, por las citas de los escritores antiguos." Son éstas palabras del Padre Leal en la página 174 de la lección séptima, en la que revela conocer acabadamente el último adelanto de la ciencia sobre la historia del texto sagrado y sobre los problemas que plantea la crítica textual.

Podemos afirmar con la frente muy alta —concluye el Padre Leal al final de esta lección— que poseemos en el siglo XX el mismo texto que se escribió en el I. Y podemos mirar con fe en el porvenir, que con sus futuras elucubraciones y hallazgos confirmará estas creencias.

Con otras palabras afirmaba ya esta misma idea monseñor Bougaud: "Si hubiera perecido el Evangelio en la Edad Media, se hubiera encontrado buscando en los Padres de los primeros siglos, como se hallan en los terrenos geológicos restos y fósiles que permiten resucitar mundos ya desaparecidos."

En su última lección prueba el Padre Leal la historicidad de los Evangelios. Los evangelistas, ni pudieron engañarse, ni quisieron engañarnos. Ciencia y veracidad son las dos cualidades fundamentales que en ellos resplandecen, y que el Padre Leal demuestra como una consecuencia lógica de la tesis católica acerca de la autenticidad.

La posición racionalista en esta materia es hábilmente refutada por el Padre Leal.

He tenido a la vista, al enjuiciar su obra, la segunda edición, que supera a la primera por la riqueza más copiosa de notas y por el apéndice final con las respuestas de la Comisión bíblica.

Cualquiera que lea detenidamente el *Valor histórico de los Evangelios*, por el Padre Leal, podrá repetir con todo rigor científico aquellas palabras de Juan Jacobo Rousseau: "Los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están menos comprobados que los de Jesucristo."

J. FERNÁNDEZ.

BOVER, JOSÉ M., S. J.: *San Pablo, Maestro de la vida espiritual, o la ascética de San Pablo.* Estudios de Teología bíblica sobre la vida espiritual, cual la enseña el Apóstol. 2.ª edición, refundida y aumentada, formato 21 X 14 cm., con XII + 326 págs. Editorial "Tipografía Católica Casals". Barcelona [1941] (1).

He aquí un libro de ascética y mística paulinas, que, aunque no rigurosamente sistemático, como que su núcleo primero son una serie de conferencias, anteriormente pronunciadas, está bien trabajado en cada una de sus partes, donde se traen análisis preciosos, algunos magistrales, sobre los principales puntos de la doctrina ascética de San Pablo. Más que una síntesis orgánica y seguida de doctrina, es una serie de análisis concienzudos de los puntos más vitales y fecundos de las enseñanzas espirituales del Apóstol. Por eso su autor, con buen acuerdo, ha mudado el título de la primera edición: *La ascética de San Pablo*, en este otro, más propio e insinuante: *San Pablo, maestro de la vida espiritual*. Y es así que en cada página de estos interesantes estudios es San Pablo quien habla y quien enseña, y eso, además, en correcto castellano, según la reciente versión de sus Epístolas, hecha por el mismo autor, transcribiéndose el texto latino en la margen inferior, para comodidad de los lectores instruídos (2).

El clarísimo autor sigue, de ordinario, el criterio de exponer a San Pablo por San Pablo, dejándole que se explique él mismo, pues si tal vez es ambiguo u oscuro en un lugar, en otro es más explícito o más claro; y por este camino, sin forzar ni solicitar para nada las palabras, se llega a conclusiones de una sorprendente verdad y exactitud,

(1) Página 24, fin: "Meditación", l. "Mediación".

(2) *Hebr.*, 12, 2: "pro" *proposito sibi gaudio* traduce (pág. 149), "en vez del gozo que se le ponía delante". ¿No estaría mejor "en vista del gozo", etc.?